

22° Domingo Ordinario A/2014

Las lecturas de este domingo nos hablan de los sufrimientos unidos al compromiso de servir a Dios. Muestran que el que quiere servir a Dios tiene que estar preparado para aceptar el sufrimiento para merecer el reino de Dios. Nos invitan a aceptar nuestra parte de sufrimiento en Jesucristo.

La primera lectura describe los sufrimientos del profeta Jeremías durante su misión. Muestra que fue con entusiasmo y de buena fe que él aceptó la llamada de Dios. Nos muestran también que en el ejercicio de su misión sufría oprobio, burla y violencia todo el día. Destaca igualmente el hecho de que en vez de dejar su misión, siguió trabajando para Dios puesto que todo su sufrimiento era consumido por su amor.

Lo que este texto nos enseña es que cualquier vocación, por hermosa que sea, siempre será una mezcla de alegría y de dolor, de felicidad y sufrimiento. Hay también la idea de que la alegría de servir al Señor es más grande que el sufrimiento que encontramos al trabajar para él. La última idea es la certeza de que para tener éxito en el servicio de Dios debemos perseverar y ser fieles a él a pesar del sufrimiento que podamos tener.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús anuncia su pasión y muerte a los discípulos. En primer lugar, el Evangelio dice que Jesús empezó a hablar a sus discípulos sobre su viaje a Jerusalén, donde debía sufrir y ser condenado a muerte. El Evangelio habla también de la predicción de Jesús sobre su resurrección que seguiría a su pasión.

Después, nos menciona la reacción de Pedro sobre el anuncio de Jesús al hablar de su pasión y su intención de disuadirlo. Cuenta también la fuerte reacción de Jesús a las palabras de Pedro a quien consideró como Satanás ya que su manera de pensar no era según Dios, sino a modo de los hombres.

Después de esto, el Evangelio habla de la invitación de Jesús a sus discípulos para que renuncien a sí mismos, tomen su cruz y lo sigan. Añade las palabras importantes de Jesús que dicen que el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierda su vida por él, la encontrará.

El Evangelio termina con la advertencia de Jesús sobre el riesgo de ganar el mundo entero perdiendo a cambio la propia vida. Finalmente, Jesús habla del juicio final y la recompensa que cada uno recibirá según sus obras.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del valor del sacrificio y del sufrimiento. De hecho, la experiencia humana nos ha mostrado que no se puede obtener ningún éxito sin que tengamos que pagar un precio. Del mismo modo, cada éxito requiere de esfuerzo, sacrificio y sufrimiento. Permítanme llamar esta filosofía, la filosofía del sentido común. Por supuesto, la vida es hermosa, adornada de alegrías y rosas encantadoras; pero cada rosal tiene también sus espinas y su invierno. Creo que los americanos tienen razón cuando dicen: "sin dolor, no hay ganancia".

Aunque esta filosofía de sentido común sea conocida, la verdad sin embargo, es que es naturalmente difícil aceptar el sufrimiento. Además, hay en cada uno de nosotros una aversión por el dolor y el sacrificio. Si nos dieran a elegir entre una vida con dolor y sufrimiento y una vida sin dolor y sufrimiento, creo que todos elegiríamos aquella sin dolor y sufrimiento.

Como hemos escuchado decir muchas veces cuando la gente se enfrenta con alguna enfermedad terminal: “sé que voy a morir, pero no tengo ninguna prisa”, ó “sé que cuando voy a morir, iré al cielo, pero no quiero ir ahora”. Tales palabras son una expresión de una certeza de que en cada uno de nosotros, existe un temor a encarar el sufrimiento y el dolor. Hay una inclinación natural de evitar el dolor y el sufrimiento. De hecho, a nadie le gustaría enfrentar la cruz, porque es dolorosa e insoportable.

Esto nos ayuda a entender por qué Pedro reaccionó negativamente al anuncio de Jesús sobre su pasión y muerte. Al reprochar a Pedro, Jesús quiere decirnos que la realidad de la cruz es inevitable. Física y espiritualmente hablando, es imposible vivir sin la cruz. Esta es parte de nuestra vida y tenemos que hacerla una parte importante de nuestra vida. Traer de ignorar esta realidad, es vivir en la ilusión, como quien piensa vivir en un castillo de marfil.

Independientemente de la forma en que la cruz llega a nuestra vida la vida, es siempre una carga. Esta podría ser una relación dañada con la familia, los niños o el cónyuge; podría ser un matrimonio difícil; un problema financiero; una enfermedad que se ha hecho parte de nuestra vida, o algunas otras dificultades de las cuales no podemos deshacernos, etc.

Para Jesús, en efecto, es sólo cuando aceptamos encarar la cruz como parte de nuestra vida que podemos encontrar el modo de liberarnos. Si tratamos de escapar, no resolvemos el problema, porque la cruz está en todas partes. Si aceptamos la cruz, conformaremos nuestra vida con la de Jesús. Por lo tanto, así como Jesús pasó por la cruz antes de resucitar, también creamos la posibilidad de nuestra resurrección a través de la aceptación de nuestra cruz.

Por eso, Jesús insiste en que renunciemos a nosotros mismos, tomemos nuestra cruz y le sigamos. En esas palabras de Jesús, no hay ningún desmentido de la carga de la cruz o de su fealdad o de su incomodidad. El secreto del poder de liberación de la cruz es que su carga no es mortal, sino redentora. Esto significa que la carga de la cruz no nos mata; en cambio nos conforma con la vida de Jesús de modo que cuando nos mantenemos fieles hasta el final, a pesar de nuestra cruz, reinaremos con Jesús.

En este sentido, cualquier rechazo a la cruz por cualquier razón es una pérdida para nosotros. Nuestra salvación está en nuestra fidelidad, pero es una fidelidad que incluye la cruz. Por eso, tenemos que aceptar los sacrificios por el reino de Dios y por nuestra salvación eterna. Como Jesús mismo dice, no nos sirve de nada ganar el mundo entero si a cambio perdemos nuestra vida eterna.

¿Es fácil vivir toda esta enseñanza de Jesús? No lo pienso. Y aún, es lo que tenemos que hacer, sabiendo bien que seremos recompensados en tanto como hemos sido fieles a nuestra cruz. Oremos para que Jesús nos dé el coraje para soportar nuestra cruz sin ser aplastados por su carga. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremias 20, 7-9; Romanos 12, 1-2; Mateo 16, 21- 27



Fecha de la Homilía: el 31 de Agosto 2014
© 2014 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20140831homilia.pdf